

2
P 861
ch



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. L.

PQ8497
.C5
A17
1912

DE "ALMA AMÉRICA"

Jorge Javier de la Cueva

31879

LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES.

A Manuel Bueno.

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales ..
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¡Nó! No han sido los guerreros solamente,
de corazas y penachos y tizonas y estandartes,
los que hicieron la conquista
de las selvas y los Andes:
los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispas de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus gloriosas herraduras
en los secos pedregales,
en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes,
en las nieves silenciosas,
en las pampas, en las sierras, en los bosques y en los valles.
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

Un caballo fué el primero,
en los tórridos manglares,
cuando el grupo de Balboa caminaba
despertando las dormidas soledades,



que, de pronto, dió el aviso
 del Pacífico Oceano, porque ráfagas de aire
 al olfato le trajeron
 las salinas humedades;
 y el caballo de Quesada, que en la cumbre
 se detuvo, viendo, en lo hondo de los valles,
 el fuetazo de un torrente
 como el gesto de una cólera salvaje,
 saludó con un relincho
 la sabana interminable.....
 y bajó, con fácil trote,
 los peldaños de los Andes,
 cual por unas milenarias escaleras
 que crujían bajo el golpe de los cascos musicales.
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!

¿Y aquel otro de ancho tórax,
 que la testa pone en alto, cual queriendo ser más grande,
 en que Hernán Cortés un día,
 caballero sobre estribos rutilantes,
 desde México hasta Honduras,
 mide leguas y semanas, entre rocas y boscajes?
 ¡Es más digno de los lauros,
 que los potros que galopan en los cánticos triunfales
 con que Píndaro celebra las olímpicas disputas
 entre el vuelo de los carros y la fuga de los aires!
 Y es más digno todavía
 de las Odas inmortales,
 el caballo con que Soto diestramente
 y tejiendo sus cabriolas como él sabe,
 causa asombro, pone espanto, roba fuerzas
 y, entre el coro de los indios, sin que nadie
 haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa
 y salpica con espumas las insignias imperiales.....
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!

El caballo del beduino
 que se traga soledades;

el caballo milagroso de San Jorge,
 que tritura con sus cascos los dragones infernales;
 el de César en las Galias;
 el de Aníbal en los Alpes;
 el centauro de las clásicas leyendas,
 mitad potro, mitad hombre, que galopaba sin cansarse
 y que sueña sin dormirse
 y que flecha los luceros y que corre más que el aire;
 todo tienen menos alma,
 menos fuerza, menos sangre,
 que los épicos caballos andaluces
 en las tierras de la Atlántida salvaje,
 soportando las fatigas,
 las espuelas y las hambres,
 bajo el peso de las férreas armaduras
 y entre el fleco de los anchos estandartes,
 cual desfile de heroísmo coronados
 con la gloria de Babieca y el dolor de Rocinante
 En mitad de los fragores
 decisivos del combate,
 los caballos con su pecho
 arrollaban á los indios y seguían adelante;
 y, así, á veces, á los gritos de ¡Santiago!
 entre el humo y el fulgor de los metales,
 se veía que pasaba, como un sueño,
 el caballo del Apóstol á galope por los aires
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!

Se diría una epopeya
 de caballos singulares,
 que á manera de hipogrifos desalados
 ó cual río que se cuelga de los Andes,
 llegan todos sudorosos,
 empolvados, jadeantes,
 de unas tierras nunca vistas
 á otras tierras conquistables;
 y, de súbito, espantados por un cuerno
 que se hincha con soplido de huracanes,
 dan nerviosos un relincho tan profundo

que parece que quisiera perpetuarse...
 y, en las pampas sin confines,
 ven las tristes lejanías, y remontan las edades,
 y se sienten atraídos por los nuevos horizontes,
 se aglomeran, piafan, soplan y se pierden al escape:
 detrás de ellos una nube,
 que es la nube de la gloria, se levanta por los aires
 ¡Los caballos eran fuertes!
 ¡Los caballos eran ágiles!

CRONICA ALFONSINA.

A Don Ramón del Valle Inclán.

Fué en el mar que separa la América de Europa,
 una noche.

Las nubes encrespaban su tropa,
 el viento inflaba el grito de su clarín sonoro
 y arrastraban los rayos sus espuelas de oro.

Se encontraron dos barcas: mientras que una iba,
 otra tornaba.

(Sólo Dios las ve desde arriba)

En el silencio de esa soledad y esa calma
 propias de los momentos decisivos del alma,
 resonó entre las brumas la nota mortecina
 de una bocina y luego respondió otra bocina

Y fuéronse las barcas acercando,

Y el cielo,
 como una virgen loca que rasgase su velo,
 se hacía mil jirones. El mar, cual cabellera
 de un filósofo anciano de la Clásica Era,
 sacudía los bucles de sus olas. El viento
 devoraba las leguas como el Ogro del cuento

Se unieron las dos barcas. Y eran iguales Una,
 por mascarón de proa, tenía la fortuna
 de ostentar la cabeza de un gran león de oro

y la otra un castillo labrado en plata. El coro de las olas cantaba, con fantástico empeño, al León de la fuerza y al Castillo del sueño.....

Ambas tripulaciones se hablaron con la propia lengua de España. ¡Oh lengua del País de la Utopía!

En una barca iba de viaje Dulcinea al Nuevo Mundo: estaba grave como una Idea, triste como un Ensueño, muda como un Encanto y toda arrebujaada dentro su propio manto. En la otra, venía Jimena haciendo viaje de regreso: en sus plantas el carcaj de un salvaje, en su espalda el adorno de vicuña más rico y en su diestra las plumas del más raro abanico.....

Y se hablaron.

—Amiga: yo camino á las tierras que nuestros ascendientes, en fabulosas guerras, empaparon de sangre. Llevo á ellas la pura ilusión, la fé dulce, la divina locura, todo cuanto es Ensueño, todo cuanto es Encanto, todo cuanto es Idea; todo, sí, todo cuanto pueda dar á esas gentes nuestra más bella gala, para que se defiendan del Puño con el Ala.....

—Amiga: yo hacia España regreso, porque ahora parece que hace en ella su insinuación la aurora y le es precisa el alma de grandes decisiones: espumas de corceles, melenas de leones, radiantes armaduras, heráldicas proezas, espadas que se cansen de cercenar cabezas; todo un ardor de lucha, toda una santa ira, en cetro, crucifijo, tizona, yunque y lira.—

Don Quijote, que estaba sin decir una sola palabra, ya no pudo; y habló: —Tú eres la ola que de América viene. Tú empujaste el navío de Colón á esas playas. Tu corazón y el mío se completan, señora —

Don Rodrigo, que mudo miraba persignarse los rayos, ya no pudo tampoco; y habló y dijo:

—Dulcinea, señora, saltar deja á tu barca. Yo bendigo la hora

en que de oír tus frases alcancé la fortuna.

Yo tengo el alma llena de Sol y tú de Luna.—

Después ... la paz. Las olas se adormecen tranquilas, cien puñados de estrellas dilatan sus pupilas; y, de astro en astro, entre una nube que la recata, la Luna va pasando su bandeja de plata.....

En una barca vuelan á España Don Quijote y Jimena; en otra, desafia el azote del viento, Don Rodrigo que va con Dulcinea al Nuevo Continente.

¡Maravillosa Idea,
que al través de dos mundos y cuatro siglos crece!
(Crónica del Reinado de Don Alfonso XIII).

Jorge Xavier de la Cueva

La epopeya del Pacífico.

(A la manera yanqui).

Al Dr. D. Estanislao S. Zeballos.

Los Estados Unidos, como argolla de bronce,
contra un clavo torturan de la América un pié;
y la América debe, ya que aspira á ser libre,
imitarles primero é igualarles después.
Imitemos ¡oh musa! las crujientes estrofas
que en el Norte se mueven con la gracia de un tren;
y que giren las rimas como ruedas veloces;
y que caigan los versos como varas de riel.

Desconfiemos del Hombre de los ojos azules,
cuando quiera robarnos el calor del hogar
y con pieles de búfalo un tapiz nos regale
y lo clave con discos de sonoro metal,
aunque nada es huirle, si imitarle no quieren
los que ignoran, gastándose en belígero afán,
que el trabajo no es culpa de un edén ya perdido,
sino el único medio de llegarlo á gozar.

Pero nadie se duela de futuras conquistas:
nuestras selvas no saben de una raza mejor,
nuestros Andes ignoran lo que importa ser blanco,
nuestros ríos desdeñan lo que vale un sajón;

y, así, el día en que un pueblo de otra raza se atreva
á explorar nuestras patrias, dará un grito de horror,
porque el miasma y la fiebre y el reptil y el pantano
lo hundirán en la tierra bajo el fuego del Sol.

No podrá ser la raza de los blondos cabellos
la que al fin rompa el Istmo Lo tendrán que romper
veinte mil antillanos de cabezas oscuras,
que hervirán en las brechas cual sombrío tropel,
Raza de las Pirámides, raza de los asombros:
Faro en Alejandría, Templo en Jerusalem;
¡raza que exprimió sangre sobre el Romano Circo
y que exprimió sudores sobre el Canal de Suez!

Cuando corten el nudo que Natura ha formado,
cuando entreabran las fauces del sediento Canal,
cuando al golpe de vara de un Moisés en las rocas
solemnemente arrójese uno contra otro mar,
en el único instante del titánico encuentro,
un aplauso de júbilo ambos mares darán,
que se eleve en los aires á manera de un brindis
como chocan dos vasos de sonoro cristal.....

¡Oh, la turba que, entonces, de los puertos vibrantes
de la Europa latina llegará á esa región!
Barcelona, Havre, Génova, en millares de manos,
mirarán los pañuelos desplegando un adiós.....
Y el latino que sienta del vivaz Mediodía
ese Sol en la sangre parecido á este Sol,
poblará nuestros bosques y vendrá desde Europa
¡por el propio camino que le alista el sajón!

Vierte ¡oh musa! tus cantos como linfas que corren
y que fingen corriendo milagroso Jordán,
donde América puede redimir sus pecados,
refrescar sus fatigas, sus miserias lavar;
y, después que en el baño quede exenta de culpas
enjugarse las aguas y envolverse quizás
entre sábanas puras, que se tiendan al viento
¡como blancas banderas de Trabajo y de Paz!

EL CANTO DEL PORVENIR.

(PALABRAS INTERNACIONALES)

En un lejano día, se incorporó Balboa;
y vió su mar.

Cortado por la mitad el boa
de los Andes, entonces, ya el Canal era hecho.
Magallanes lloraba: ¡cuán inútil su Estrecho!

En el mar de Balboa, la gran Isla del oro,
el País de Zipango, resaltaba en el foro,
como un protagonista que inesperado llega
en la mitad de un acto de una gran farsa griega.
Japón, que atrajo un tiempo toda la audaz codicia
de las velas hinchadas al viento de Fenicia,
era el clásico centro de la amarilla raza,
que veía á las blancos con ojos de amenaza;
y levantaba el puño, cual diciendo al Destino:
—¡O las demás me lo abren, ó me abro yo camino!

Era el caso que Rusia, que en sus pieles de oso
durmió, sobre los hielos, en secular reposo,
se doblegó vencida; y, aunque supo á millones
malgastar en la guerra rublos y corazones,
cayó bajo el Imperio que en su pendón flotante
luce el ensangrentado disco del Sol Levante.

Pero ¿es verdad? ¡Oh pueblos! Rusia no fué vencida....
Japón, breve y punzante, le atormentó la vida,

como un moscón que llena la noche de un enfermo
ó un alfiler que araña la piel de un paquidermo.
Entonces, sabiamente, la Yankilandia vino;
y, cual si fuese enviada por Dios á tal destino,
suspendió los aceros de entrambos combatientes
y sonrió mostrando triple fila de dientes.

La Paz fué. No era bueno para el País del Norte
el triunfo decisivo de la amarilla Corte,
ni menos el temible dominio de los Czares
en tan ansiadas tierras y codiciados mares.

Así, en la Paz, vencieron los Estados Unidos;
y certeros, astutos, ágiles, prevenidos,
treparon las tierras, cercenaron los Andes,
unieron dos oceanos y se sintieron grandes.

Los Estados Unidos con su mano de atleta
realizaron, entonces, la visión del poeta;
y midieron con rieles las inéditas zonas
que hay de Paita á una margen del paterno Amazonas.
El gran Río, ese Río que fué un tiempo el Dorado,
más que el Ganjes fecundo, más que el Nilo sagrado,
se hizo en rápidos días capital de un emporio
donde fué carne viva lo que es sueño ilusorio;
y, ganando al futuro las más épicas palmas,
en sus bosques rosados, levantó bosques de almas....

Quiso el clima de aquellas tropicales regiones,
que latinos llegaran en audaces legiones;
y fundieran su raza con la raza que había
replegádose al Norte, porque es rubia y es fría.
A manera que, hace años, el Transvaal, esa raza
que nació en el gran Río, fué una nueva amenaza
para aquella del Norte, que, ya viéndose en ruina,
acabó en tres combates con la raza latina.....

¡Oh! La raza latina quedó siempre en las zonas
de esa unión de dos razas que fundiera Amazonas;

y se impuso su sangre sobre el doble concierto,
como planta que brota de la tumba de un muerto...
—¡Libertad!—dijo á voces esa raza—la nueva—
(el Adán fué del Norte, fué latina la Eva)
—¡Libertad!

Los Estados, ya no unidos entonces,
desplegaron sus naves, despertaron sus bronces
y encresparon las olas con sonora arrogancia...
El Japón, todo armado, se asomó á la distancia.
¿Y pasó?

Que más tarde, joven, libre y fecundo,
el País de Amazonas era el Centro del Mundo.

Las minas de Potosí.

Es justo que Zipango renuncie su decoro:
ostentan mayor pompa las cúspides andinas;
y aún pueden en medio de las incaicas ruinas,
buscar los Argonautas el símbolo de oro.

Cuando el hispano, há siglos, tocó el clarín sonoro,
los indios se escaparon al fondo de las minas;
y bajo de las piedras y nieves cristalinas,
quedó, como en un cofre, guardado su tesoro.

El Padre de los Incas, el Sol, que oyera el grito
de ese clarín que supo colmar el Infinito,
también quiso ocultarse, miedoso de la guerra;

y así, después, al golpe del pico y de la azada,
el oro fué sacando su faz petrificada
como si el Sol brotase de bajo de la tierra

Jorge Xavier de la Cueva

El idilio de los Condores.

A Alejandro Sawa.

Como si fuese en pedestal de plata,
en un tímpano enorme, en cuya frente
se desespera el Sol, un grupo alado
bulle, sobre la abrupta escalinata
de los Andes.

El cóndor, que se siente
junto de su hembra, un ala enamorado
tiende sobre ella en forma de abanico,
la oprime con vigor á su costado
y en el trémulo moño húndela el pico.
¡Es el amor!

El viento se desata
cual se desata un lazo. Nubarrones
pasan en fugitivos escuadrones,
como una fabulosa cabalgata ..
El señor de los Andes, que fulmina
su mirada de cólera hasta el hondo
valle que hay á sus plantas, adivina
la tempestad que se insinúa: inclina
la señoril cabeza; y, en redondo,
veinte leguas domina
de tierras, desdobladas en el fondo...

Y el cóndor ve los campos, que parecen
telas tijereteadas por los ríos;
y las llanuras, á sus ojos crecen

cubiertas de pintados sembradíos:
la caña, y el cafeto Allá una ruina;
más allá, un humo de ondulante sombra;
á veces, el perfil de una colina,
que en la tierra aplanada se adivina
como un zurcido en opulenta alfombra

Y el cóndor va arrastrando la mirada
hacia el atrevimiento de su cumbre:
la selva le parece muchedumbre,
que va de una quebrada á otra quebrada,
en escalonamiento portentoso,
en el que todo monte es una grada
y todo abismo un salto de coloso.

Luego, ya no ve selva. La pelada
roca, musculatura en carne viva,
se contrae en un ímpetu nervioso:
lánzase á la altitud, en superpuestas
arrugas cual de frente pensativa,
hasta turbar, con el fragor vidrioso
que se estremece en las plateadas crestas,
el mudo terciopelo del reposo

¡Ah! Y el cóndor miró, como en un sueño,
que, desde allá, desde el rastrero llano,
se desprendió la audacia de un empeño
á sojuzgar las cúspides. No en vano
hasta la cumbre sola
en que el cóndor está, férrea serpiente
fué arrastrándose, en círculo ascendente,
como queriendo ensortijar su cola.
¡El tren!..... En donde el pájaro salvaje
imperó sin rival, ya el tren impera.
El, soberbio, sacude su plumaje;
invita á su amorosa compañera;
y rompe el vuelo: entonces, de soslayo,
lanza al tren la mirada, á la manera
de un nubarrón que descargase un rayo

¡Un rayo! Otro después.....

Y nube oscura
rodeó el picacho y ensayó un estruendo.

¡Qué lobreguez en derredor!

La pura
limpidez de la nieve iba saliendo
de esa nube, cual de ancha sepultura;
porque esa nube, en derredor, sombría,
cubrió la tierra y se esparció en la altura:
sólo el picacho, en la mitad se erguía.

El cóndor y la hembra, en sus amores,
rasgaron el azul, viendo á sus plantas
la tempestad que, envuelta en resplandores,
tiene el delirio de las iras santas;
y escucharon del trueno el estampido,
mientras caía el agua en los regazos
de las profundas selvas, con el ruido
de una cristalería hecha pedazos...

Y se amaron así: sobre los vientos
suspendidos los dos. ¡Eran dos vidas
y una palpitación; ó dos alientos
y un ósculo de amor! Las dos figuras
simulaban dos breves carabelas;
pero, al batir las alas confundidas,
¡destacábase el grupo en las alturas
como una embarcación de cuatro velas!

SENO DE REINA.

Era una reina hispana. No sé ni quién sería,
ni cuál su egregio nombre, ni cómo su linaje:
sé apenas la elegancia con que de su carruaje
saltó, al oír á un niño que en un rincón gemía.

Y dijo—¿por qué llora?—La tarde estaba fría;
y el niño estaba hambriento. La reina abrióse el traje;
y le dió el seno blanco por entre el blanco encaje,
como lo hubiese hecho Santa Isabel de Hungría.

Es gloria de la estirpe la que le dió su pecho
á aquel hambriento niño, que acaso sentiría
más tarde un misterioso dinástico derecho;

y es gloria de la estirpe, porque ese amor fecundo
con que la reina al niño le dió su seno un día,
¡fué el mismo con que España le dió su seno á un mundo!

IDILIO TROPICAL.

En una margen del patrio río,
hice despojos de un carrizal;
y alcé una choza sobre un pantano,
siempre más puro que una ciudad:
en cuatro robles clavé mi techo;
y de las vigas luego colgué
flexible hamaca, que me adormece,
como canoa, con su vaivén

Cuando la luna se ve en el río,
me halla durmiendo sano y feliz,
y cabecea sobre las ondas
cual si quisiese también dormir;
y en las mañanas, cuando el sinsonte
abre el estuche de su canción,
bajo la hamaca donde he dormido,
las huellas tibias buscando voy
de la culebra que se enroscara,
de la tortuga que ya se fué
y del tigrillo que hundió en el fango
como en un molde sus cuatro pies.

Súbito, truena mi carabina
contra la playa que cerca está;
y me saluda con sus boztezos
despreciativos largo caimán:
las garzas vuelan despavoridas;

y, sobre el biombo del cielo azul,
pintan sus equis cuando se quiebran,
como si fuesen aspas de cruz.

Y en el boscaje persigo un tigre;
y en las cavernas, en lecho en flor,
le hallo durmiendo; y alzo el machete
con que le parto su corazón:
gruñe; me fija las esmeraldas
de sus dos ojos; rueda hacia atrás;
tiembla; recoge sus zarpas finas;
se apelonona para saltar;
y al fin la sangre, que ensaya un charco,
como una ola lo echa á mis pies:
¡y son iguales á sus pezuñas
todas las manchas que hay en su piel!

Después en alto cuelgo el machete
de que chorrea sangre mortal,
como la lengua del mismo tigre
que en una horca colgado está

Tal es mi vida. Las hojarascas
que me ensordecen con su rumor,
viven bailando sobre mi choza
como una eterna conversación;
y un cocotero saca el penacho,
donde hay diez frutos en un vaivén,
como cabezas de diez salvajes
que en una lanza clavase un rey.

Tal es mi vida. Si tú lo quieres,
ven, que la hamaca te mecerá;
ven, que los cauchos te darán sombra;
ven, que las fieras te lamerán;
y en este río, tendrás, entonces,
plumas de garza, brillos de pez,
aves de iris, flores de seda,
frutas de oro, cañas de miel.

Pero ¡ay! no vengas; que las montañas
tíen enmiasmática exhalación,

que enciende fiebres como el ensueño
y que consume como el amor.

Yo sí he nacido para esta zona,
donde, meciéndose en un compás,
criollas, sierpes y cocoteros
siempre han tenido cintura igual.

Yo sí he nacido para esta zona;
porque esta zona tiene á la vez,
las tentaciones y los encantos.....
¡y los peligros de la mujer!